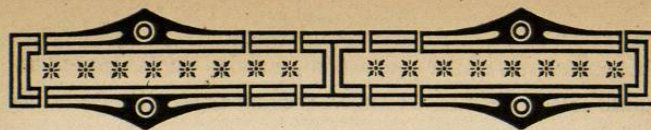


Asamblea, pueden imaginárselo los lectores. Gritos, puñetazos, intervención del delegado de la autoridad, y otras cosas más. No hubo, sin embargo, ninguna desgracia personal.

En las reseñas publicadas al siguiente día en los periódicos sobre el gran acontecimiento de aquella primera Asamblea feminista, los incidentes que pudieron comprometer la dignidad de la presidencia fueron todos eliminados. Decían las malas lenguas que la mayor parte de los periodistas habían sido pagados para que no hablasen. No faltó, sin embargo, un diario independiente que refirió lo sucedido y hasta publicó una caricatura del Congreso *integral*, que se vendió como pan bendito.



IX

Tempestad salvadora.

LA visita de la Schwitzer, había dejado en el ánimo de Ida una impresión profundamente amarga y penosa. Cuantas veces volvía á ella con el pensamiento, sentía que su corazón se estremecía con un presentimiento amargo: el de que aquella presuntuosa trataría de vengarse de la arrogancia, por la cual una oscura telegrafista había rechazado el singular honor de servirle de compañera en la grandiosa empresa del feminismo *integral*.

Los hechos, debían demostrarle que su presentimiento no la había engañado.

Una mañana, mientras se disponía á salir de casa para ir á misa antes de marcharse á la oficina, recibió por el correo dos periódicos, cuyos títulos no le eran desconocidos; uno de ellos era órgano de la masonería, y el otro del socialismo. Aunque al principio se negó á leerlos, una curiosidad invencible la empujaba á pasar los ojos por aquellas líneas.

Después de algunas vacilaciones, no pudo resistir más, y abrió el primer periódico, que era ilustrado, deteniéndose en una caricatura pintada de rojo, con este título: *Las oficinas de*

Telégrafos. En ella se representaba á varios empleados con un quinto colega vestido de mujer, y como explicación de la viñeta, el diálogo siguiente:

—«Señorita, ¿ha estado usted en el Congreso feminista?

—¿Yo al Congreso? ¿Pero si soy enemiga jurada del feminismo?

—¿Usted? Pero si su carrera prueba todo lo contrario.

—Al revés. ¿Por amor á mi carrera debo combatir al feminismo? ¿No ve usted que me perjudicaría mucho, favoreciendo la concurrencia de las mujeres, al sueldo de que disfruto y que habrá de constituir mi porvenir?

—No obstante, hay que ser altruista, aunque sólo fuera por huir á la odiosidad del más vil egoísmo.

—Soy cristiana y aborrezco el altruismo. Me basta la caridad, que cuando es bien ordenada, empieza por una misma.»

El otro periódico, publicaba una larga reseña sobre el congreso feminista, donde se leían, entre otras, estas palabras escritas en cursiva:

«Se notó, con asombro y disgusto de muchas, la ausencia de la telegrafista Ida Piumetti, la cual, por razón del puesto que ocupa, debiera ciertamente intervenir en la asamblea. Hasta que no se nos dé una explicación satisfactoria de tal ausencia, deberemos suponer que los prejuicios religiosos han cegado á esta señorita, impidiéndole reconocer cuán útil sería para ella un acto de solidaridad hacia tantas pobres proletarias. ¡Cuán cierto es que el clericalismo es una máscara y nada más!»

Al leer estas brutales insolencias, Ida se puso blanca como la cera. Después se levantó lentamente, y sin mostrar al exterior ninguna señal de la inmensa angustia que la oprimía el corazón, se acercó á un cajón de la mesa y encerró en él con llave ambos periódicos. Luego con un acto enérgico de voluntad, se puso el sombrero y los guantes, y salió apresuradamente de casa.

En la iglesia oró con fervor y se abandonó sobre un banco,

que estaba en el lugar más recóndito del templo, fijando los ojos en el Tabernáculo. Entonces se puso á pensar en su triste vida, que cada vez se volvía más amarga. Aquellos artículos eran, sin duda, los primeros asaltos, de una guerra sorda, encarnizada, mortal, que la moverían las furias del feminismo, para obligarla á capitular ó morir. En esta persecución la auxiliarían ciertamente sus compañeras de oficio, las cuales, aunque contrarias ó diferentes en la cuestión feminista, no dejarían de aprovechar la ocasión para burlarse de sus escrúpulos religiosos, de su rigidez, atormentándola peor que al principio con una guerra de alfilerazos, hasta reducirla á la desesperación.

El congreso feminista había producido enorme curiosidad en toda la ciudad. Luego los artículos publicados contra ella en los periódicos se leerían mucho. ¿Cómo mostrarse en público, sin decir nada? ¿Y qué iba á rectificar? ¿Cómo esconder á su pobre madre lo sucedido, y cómo impedir que llegara á su conocimiento más tarde ó más temprano?

A estos pensamientos dolorosos, no pudo por menos de romper en amarguísimo llanto que en vano trataba de contener, procurando taparse la boca con el pañuelo para ahogar los sollozos y los gemidos que brotaban de su corazón torturado.

Sintiéndose desfallecer bajo el peso de su desventura, su ánimo ingenuo y franco, se debatía, como un héroe encadenado, contra la tiranía de las convenciones sociales, que quería obligarla á sacrificar sus principios, haciéndola esclava cobarde de la moda y de las costumbres mundanas. Lejos, sin embargo, de sentirse vacilar en su constancia, habría querido desafiar á todo el mundo, protestar altamente, públicamente, contra la prepotencia brutal de sus perseguidores, los cuales pretendían invadir el santuario de su conciencia. Hubiera deseado no ser mujer, débil, tierna y sensible, para luchar como un león contra la iniquidad é hipocresía de aquellos, que en

nombre de la libertad, querían condenarla á la esclavitud más ignominiosa.

¡Pero era mujer y estaba sola!

Y debía vivir y trabajar en medio de los hombres, para mantener á su anciana madre, y no verla morir de miseria y de pena.

Con estos pensamientos el alivio del llanto no fué más que pasajero y volvió á caer pronto en el abatimiento y en la consternación de antes. Al fin alzó maquinalmente la cabeza, y vió que todo el mundo había salido. Entonces se arrodilló nuevamente esforzándose en concentrar su espíritu en la oración; pero de pronto volvió á levantarse, comprimiendo un grito de angustia que ya la salía del pecho, y dejando caer sus brazos como quien ha perdido toda fuerza para resistir á un asalto mortal.

¿Qué es lo que había ocurrido?

Un vendedor de periódicos, pasando cerca de la iglesia, pregonaba á voz en cuello los dos títulos de los periódicos, con la reseña sobre el Congreso feminista y con el diálogo de las *oficinas de Telégrafos*.

¡Era demasiado! Parecíale que una fuerza ciega la arrastraba á la desesperación. Aterrorizada por su estado se retorció las manos con frenesí como quien cae en un abismo, murmurando, con los ojos fijos en el altar:

— Señor, no me abandonéis.

Esta invocación tuvo un efecto maravilloso. Le pareció que un repentino rayo de luz venía á iluminar las tinieblas que la envolvían, que una mano misteriosa la sacaba fuera del abismo donde se sentía caer, que un bálsamo divino se deslizaba en su corazón para curar la llaga dolorosa. Lanzó un suspiro de alivio y se sintió como arrastrada dulcemente entre las sombras luminosas del misterio eucarístico. Encontrábase próxima á Él, á un Dios todo clemencia; Dios vivo y verdadero, Padre, Maestro, Médico omnipotente de las almas enfermas

y desoladas. Allí, enfrente de ella sobre el trono de su gracia estaba aquel Dios que movido á compasión por las humanas miserias, había venido al mundo para sanarlas, muriendo en la Cruz por nosotros. Y ahora Él la miraba amorosamente desde el altar, la atraía hacia sí, la abría el corazón y la ofrecía el bálsamo celeste de la resignación cristiana, le revelaba el secreto del martirio oculto, la llamaba á la dignidad del heroísmo, que conquista la palma y la corona inmortal de la Gloria.

Acurrucada en aquel ángulo solitario del templo, siempre inmóvil y con los ojos fijos sobre el Tabernáculo, la pobre joven, suavemente impulsada por pensamientos de paz, cerró, sin darse cuenta de ello, los párpados y le pareció salir de sí misma y llegar hasta los pies del Divino Salvador, contemplando su rostro radiante de majestad y de dulzura infinita; leía en sus ojos la expresión inefable de la piedad y de la misericordia; veía florecer sobre sus labios la sonrisa de un afecto más que maternal y escuchaba estas palabras de consuelo: «No temas las maquinaciones de los réprobos. Yo estaré contigo en todas las tribulaciones y seré tu padre, maestro y guía. Más vale llorar que hacer llorar; más vale ser perseguida, que perseguidora. Deja á mi Providencia el cuidado de tu porvenir. En tanto tú bebe mi cáliz y lleva mi cruz. Todo acabará bien para ti en el tiempo y en la eternidad.»

Así como la flor abatida por un violento aguacero, al reaparecer el sol revive lentamente y se nutre para resultar más hermosa que antes, de igual modo Ida, desvanecida la terrible tempestad, toda inundada de la luz divina, sentía renacer en su espíritu, más vivas y más gallardas que antes, todas las fuerzas que creía perdidas; y abandonaba en el seno de aquella purísima paz que trueca las lágrimas en la más dulce de las sonrisas. Rompió entonces nuevamente en llanto; pero este llanto le salía del corazón para dar gracias á Dios por haberla salvado y confortado...

Cuando reabrió los ojos y se puso á orar, queriendo concluir sus diarias plegarias antes de ir al trabajo, vió entrar en la iglesia á una joven del pueblo, que un poco incierta y vacilante fué á arrodillarse no lejos de ella. Un sollozo prolongado y fatigoso salía de los labios de aquella mujer, que debía experimentar el dolor más intenso.

Ida vaciló en acercarse á la joven, temiendo aumentar sus penas con su presencia; pero al ver que la infeliz continuaba sollozando amargamente, se dejó vencer por la compasión, tosió para que la viese antes de aproximarse á ella, la cogió dulcemente por la mano, la miró con ojos compasivos y le dijo con acento de piedad:

—Cálmese usted, pobre joven, y dígame en qué puedo ayudarla. ¡Me consideraría tan feliz si pudiese consolarla! Yo también estoy atribulada como usted, y por eso mismo he de ser más sensible á sus desventuras. ¿Por qué está usted tan desolada?

La infeliz alzó la cabeza, dejó de llorar, miró en torno de la iglesia, fijó en el rostro de Ida dos ojos brillantes de desesperación, y estuvo algunos momentos contemplándola en silencio. Por último pareció tranquilizarse ante el aspecto bondadoso y simpático de su interlocutora; pero de pronto volvió á sollozar amargamente, diciendo con voz entrecortada:

—¡No, no!... Todo ha concluído para mí... Ya no me resta más que la desesperación y la muerte.

—No diga usted eso, amiga mía. Todos los males los remedia Dios, que es infinitamente misericordioso. Tenga usted ánimo, y no se deje vencer por la desesperación que es pésima consejera. Es usted joven, y debe vivir para librarse de los males que ahora la oprimen y reconquistar la paz.

—Le repito, mi buena señorita, que mi mal no tiene remedio, y que ni el mismo Dios, á pesar de su omnipotencia puede librarme de él. La paz la encontraré en el fondo del río. Lo

que yo he perdido no se recobra nunca... nunca... ¡Oh, madre, madre mía, si supieses lo que ha sido de tu Giorgina!

Y prorrumpió de nuevo en sollozos más amargos que antes.

Ida tampoco pudo contener las lágrimas y lloró con ella de compasión. Pero adivinando por las últimas palabras de la joven, la causa de su dolor, comprendió que allí no podría consolarla, pues ya se acercaba la hora de ir á la oficina. Sacó, pues, del bolsillo una tarjeta y se la alargó á la joven, diciéndole al propio tiempo que la acariciaba dulcemente:

—Estas son mis señas. Esta noche á las ocho la espero á usted sin falta... Conque, sin falta. Quiero que hablemos los dos... Ahora tengo necesidad de irme á mis ocupaciones... En tanto busque usted un buen confesor para poner paz en su conciencia. Crea usted que el Señor, movido á compasión por sus lágrimas, me ha enviado á su presencia para consolarla. Tenga usted confianza en mí... Esta noche la aguardo á las ocho en punto... Adios.

Dicho esto, la volvió á acariciar con dulzura y después de estrecharle la mano con gran afecto, salió de la iglesia precipitadamente.



X

Abordar á buen puerto.

Al marchar á Telégrafos Ida llevaba el ánimo consternado por la compasión que le inspiraba aquella joven; pero al propio tiempo se sentía tranquila y casi alegre porque esperaba gustar pronto las inefables dulzuras de la caridad. Entró, pues, en la oficina con una serenidad que no había experimentado hasta ahora y dispuesta á recibir las burlas con indiferencia.

Apenas la vieron sus *compañeros* uno de ellos le preguntó villanamente si había leído en los periódicos la reseña del Congreso feminista. La joven le miró con dignidad y replicó tranquilamente:

—Sí, lo he leído, hasta el diálogo de mi caricatura, porque me han sido enviados los periódicos por el correo. Por lo visto una pobre huérfana no es dueña de trabajar honradamente para mantener á su madre, si antes no forma parte de una asociación para ella detestable, sacrificando la libertad más preciosa y más sacrosanta: la de la conciencia y la de los propios principios. Los oráculos y las sibilas del feminismo se divierten á expensas mías; pero antes de ceder á sus violencias haré las labores más rudas.

Después de esta respuesta, pronunciada con gran entereza, por aquel día la dejaron tranquila.

Durante el trabajo, Ida no hizo más que pensar en el modo de favorecer á la joven desconocida. Comprendía que el asunto era muy grave y que la infeliz tendría necesidad de un asilo y de apoyo material y moral. Este último podía prestarlo ella, pero lo demás era imposible. Resolvió, pues, acercarse á una dama aristocrática de la ciudad, viuda y sin hijos, muy conocida por sus obras benéficas, la cual dama dirigía como presidenta una vasta y floreciente asociación de caridad, llamada la *Alianza femenina*. Aunque no la trataba personalmente, tenía la seguridad de obtener su apoyo para amparar á la joven.

Apenas estuvo libre de servicio, tomó el tranvía que pasaba por delante del palacio de la Condesa, y llegado á él, subió las escaleras y presentó su tarjeta á un viejo servidor. Este la introdujo en la antecámara y fué á anunciarla á su señora, la cual se apresuró á venir á su encuentro y con ademán de reina y una sonrisa afectuosa, le dijo invitándole á pasar.

—Muy bienvenida, señorita Piumetti. Tengo el gusto de ofrecer á usted mi estimación por los ataques con que ha sido honrada por parte de los periódicos feministas. Es el mejor premio que pueden esperar las mujeres dignas.

Y así diciendo, la tomó amigablemente por la mano, introduciéndola en su saloncito de estudio.

Excusado es decir que Ida se sintió enorgullecida con aquel recibimiento. El corazón le decía instintivamente que en aquella noble señora encontraría sostén firme, no sólo para otros, sino para sí misma el día en que lo necesitase. La divina providencia le ofrecía en aquella noble señora el apoyo más seguro para sus penas.

Conmovidá hasta derramar lágrimas por estos dulces pensamientos, dió gracias á la condesa de Storní, que así llamaba la dama, y sin más preámbulos le narró minuciosamente el en-

cuentro que había tenido en la iglesia aquella misma mañana con la infeliz Giorgina, añadiendo que le había prometido ayudarla, y antes de verse con la joven venía á buscar consejo y socorro.

Durante su relación, Ida observó en el rostro de la aristocrática señora las pruebas más inequívocas de su alma privilegiada y caritativa. Ante la actitud de la noble dama no pudo dudar que estaba en presencia de un alma dispuesta á ejercer la caridad cristiana.

Para retratar el tipo ideal de la matrona italiana, un artista no habría podido elegir mejor modelo que la Condesa. Era esta de talla regular con rica simetría de líneas en toda su persona; sus diez lustros cumplidos no le habían quitado ni el encanto, ni la gracia; sus ojos, vivos y penetrantes, revelaban ingenio y benevolencia; vestía con sencillez, sin incurrir en las extravagancias de la moda francesa que quitan á muchas de nuestras damas su tradicional dignidad, pero especialmente un aire celestial de espiritualidad derramaba sobre su rostro una fragancia de paz que se traslucía en su conversación. Mientras Ida hablaba, le parecía que acababa de hallar lo que nunca encontrara en el desierto de la vida; un guía seguro.

Una vez terminado su relato, la Condesa, que había escuchado á Ida sin interrumpirla, dijo:

—¿Ha dicho usted que se llama Giorgina? ¿Es una joven alta, de rostro moreno, ojos azules, cabellos rizados y con voz casi masculina?

—Precisamente.

—Pues entonces estoy enterada de todo. Hemos tratado de esa joven en nuestra reunión de ayer tarde y fué registrada en nuestros libros como caso urgente. Hoy mismo una encargada nuestra debe ir en su busca para ponerla en camino de salvación. El asunto es de los más tristes y dolorosos que cabe imaginar... ¡Pobre joven! Venida del campo para servir en la

ciudad, por desgracia suya, entró en casa de un abogado socialista, impío y brutal, quien después de haberla violado, la arrojó de su morada para no comprometerse. La desgraciada está en el colmo de la desesperación y corre el peligro de que en un acceso de locura se quite la vida. Ha sido acogida en casa de una pobre mujer, casada con un mozo de ferrocarriles. Pero allí no puede permanecer. Trataremos de ponerla en seguridad. Si usted la ve esta noche hágalá comprender que nosotros proveeremos á su subsistencia. Ya que la caridad debe ser proporcionada á las desgracias de las personas, ninguna más digna de ella que esa víctima infeliz. ¿Está usted satisfecha, señorita?

Por toda contestación Ida la cogió la mano y se la cubrió de besos y de lágrimas. Y á pesar de todos los esfuerzos que hacía para vencer su conmoción, el llanto seguía brotando de sus ojos.

Sonrió bondadosamente la Condesa, leyendo en aquellas lágrimas la sinceridad de su corazón, y añadió:

—Si usted desea saber en lo sucesivo lo que hemos hecho con su recomendada, no tiene más que favorecerme con alguna nueva visita y la informaré de todo. ¿Y ahora no tiene usted por ventura alguna otra cosa que decirme?

Á esta pregunta hecha en tono de maliciosa benevolencia, Ida alzó los ojos y los fijó en la Condesa. Esta mirada bastó para que se comprendiesen. Luego bajando nuevamente los ojos, respondió con un ligero rubor:

—No tendría que contestar más que lo que la señora ha adivinado ya; pero hay un grave obstáculo.

—¿Cuál?

—Mi pobreza.

—¿Nada más?

—Por mi parte, nada.

—Entonces la cosa está hecha. Pero explíquese usted claro.

—Yo creo, señora Condesa, que Dios me ha mandado á su casa más por mí que por aquella infeliz! ¡Tengo tanta necesidad de guía y de sostén en mi tristísima situación! Al entrar en la Sociedad que la señora preside para dedicarle todo el tiempo que tengo libre, me parecería encontrar un puerto de refugio tras terrible tempestad, renacer á una nueva vida después de una enfermedad mortal... Pero...

—Pues le digo que la cosa está hecha y todas mis asociadas se felicitarán de ello. Aquí tiene usted una copia de nuestros estatutos. Léalos usted y así conocerá de qué se trata, y cuáles son las condiciones para formar parte de nuestra Asociación. Pero, cuidado—añadió sonriendo— cuidado con caer de la sartén en las brasas.

—No comprendo.

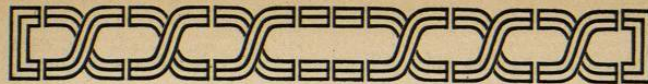
—Quiero decir que para escapar al feminismo de la señora Schwitzer no vaya á caer en otro peor.

—¡Por Dios, señora, es lo que deseo, aunque sólo sea para probar á mi protectora que no merezco nuevos artículos de periódicos!

—Entrando en nuestra Sociedad le harán á usted una guerra cruel.

—No importa. Combatiré bajo buena bandera. Además, quien hace buena guerra, hace buena paz.

Y después de decir estas palabras, pidió á la Condesa permiso para retirarse. Quiso besarle de nuevo la mano, pero la Condesa la estrechó en sus brazos, y la besó en la frente con gran afecto.



XI

Maternidad social.

UNA vez llegada á su casa, Ida leyó de un tirón los estatutos de la Sociedad. No hay que decir la complacencia que experimentó al ver con cuán maravillosa eficacia estaban previstos todos los fines piadosos de la benéfica institución, con el auxilio de todas las adscritas, cuyas funciones se hallaban contenidas en el reglamento.

Releyó otra vez aquel precioso librito, que era como el código ó el reglamento de la nueva vida que debía guiarla en el ejercicio de la caridad evangélica, deteniéndose á considerar los puntos más importantes; y con su sagaz entendimiento penetró todo su espíritu, que se conformaba con el suyo en todo y por todo.

La *Alianza femenina* debía su origen, y su organización, al corazón magnánimo de la condesa Aurelia Storní.

Unida á los diez y nueve años con el conde Alfredo, que la adoraba, correspondió á su cariño, consagrando á su esposo vida y alma. Y como el amor femenino, cuanto más vivo es y más tierno, tanto más teme por la persona amada, supo con temor, que el Conde antes de casarse, había sido uno de los alpinistas más famosos, distinguiéndose entre todos ellos por sus